

Capítulo LXXXV.

El colmo de la infamia.

Cuanto más meditaba Colon sobre los últimos sucesos de que habia sido teatro Santo Domingo, más se convencía de que los reyes no habian podido autorizar á cometer aquellas agresiones á su agente.

Pensaba que á lo sumo le habrian autorizado á ejercer la funciones de primer justicia, accediendo á los deseos que les habia manifestado varias veces, pidiéndoles que enviasen á la isla una persona autorizada para aplicar la ley en los casos necesarios.

Los abusos que habia cometido Aguado le hacian suponer que Bobadilla se habia extralimitado, y bajo

este supuesto quiso obrar con mesura para que contrastase su conducta con la de aquel hombre, que de ninguna manera podria tener una autoridad igual á la suya.

No tardó Bobadilla en enviarle un emisario para noticiarle su llegada, y leer en su presencia las reales cédulas en virtud de las cuales obraba.

Al mismo tiempo, por orden suya habian salido otros á recorrer toda la isla con el objeto de que en todas partes fuese acatado Bobadilla.

El almirante, simulando que ignoraba todo lo que habia ocurrido, se limitó á escribir á Bobadilla dándole el parabien por su llegada á la isla, y aconsejándole que no dictase providencias violentas, sobre todo en lo relativo á los derechos concedidos á los colonos para acopiar oro; esto en vista de la medida que habia dictado, concediendo permiso por veinte años á los españoles residentes en la isla para buscar aquel metal, sin más contribucion que la undécima parte de lo que cogiesen.

Por lo demás, le manifestaba que se alegraba de su venida, puesto que él tenia grandes deseos de volver á España, y entonces aprovecharia la ocasion de realizarlo, toda vez que quedaba en la isla una persona de tanta confianza para los reyes.

Celebró la llegada de los misioneros, y les dirigió cartas sumamente afectuosas.

Ninguno respondió á ellas, y Bobadilla, en vez de contestar, aprovechó las firmas en blanco que le habian dado los reyes para dirigirlas á los más encarni-

zados enemigos de Colon; y entre ellos á Roldan, ofreciéndole en cambio de su apoyo toda clase de proteccion.

Esto acabó de destruir la influencia del almirante.

Viéndose éste completamente abandonado, publicó un edicto, manifestando que los poderes de Bobadilla no podian ser válidos ni legales, toda vez que los reyes le habian concedido á perpetuidad facultades amplias para gobernar aquellos países.

Poca fuerza tuvo este documento.

Los emisarios de Bobadilla recorrían la isla, y los mismos jefes de las fortalezas se agrupaban en ellas, formando el vacío en torno de Colon y de sus hermanos.

Grande era la resignacion del almirante.

Pero en honor de la verdad, hay que convenir en que hacia un inmenso sacrificio.

Habia llamado á sus hermanos para conferenciar con ellos y resolver de comun acuerdo el partido que deberian tomar.

Antes de que llegaran, se presentaron en Bonaó el fraile franciscano Juan de Trassierra y Francisco Velazquez, tesorero de lo expedicion de Bobadilla, y le entregaron en nombre de éste la real cédula firmada por los reyes en 26 de Mayo de 1499, mandando á todas las autoridades dar fé y prestar obediencia á Bobadilla.

—No seré yo,—dijo Colon,—quien desobedezca órdenes tan terminantes.

—Ved además,—dijo Velazquez,—la órden que

en virtud de sus atribuciones os envia el nuevo gobernador.

En términos severos, mandaba Bobadilla al almirante que se presentase inmediatamente en Santo Domingo.

Aquella carta le hirió más que el desengaño que sufría de los reyes, y llamando á uno de sus criados:

—Mi caballo,—exclamó.

Y antes de que pudiera llegar los portadores de aquella órden, se presentó á Bobadilla.

¡Qué amargura debió experimentar al ver á su enemigo rodeado del prestigio, de las atenciones, de la adulacion, en fin de todos los que antes le habian obedecido y venerado!

Los colonos, acusando é injuriando al ilustre marino, ganaban terreno en el ánimo de Bobadilla.

Las conversaciones que con él tenian eran todas calumniosas para el almirante.

Al recibir aviso de que Colon se acercaba, como si tratara de dar una batalla á aquel hombre que iba solo, hizo grandes preparativos, llamó á sus tropas y decretó instantáneamente la prision de don Diego, para que no pudiera prestar ayuda á su hermano.

Don Diego se dejó conducir con grillos á bordo de una carabela sin exhalar una sola queja.

No pensaba Bobadilla que se presentaria Colon tan pronto y sin gente alguna.

El almirante llegó á Santo Domingo, y todos aquellos antiguos servidores suyos que encontró al

paso bajaron la vista, atemorizados más aún que si volviera con un numeroso ejército.

Y es que Colon tenia un soldado en la conciencia de cada uno de aquellos hombres.

Bobadilla supo instantáneamente su llegada, y no tuvo valor para presentarse á su vista.

El almirante llegó á la puerta de su antigua morada, ocupada entonces por el nuevo gobernador.

Con dignidad pero con acento tranquilo, pidió á uno de los criados que le anunciase su llegada.

La curiosidad llevó á casi todos los colonos á los alrededores de la morada de Bobadilla.

Colon esperaba á la puerta la voluntad de aquel usurpador.

Cada vez que dirigia sus ojos en torno suyo y los fijaba en alguno de los colonos, los veia humillados, avergonzados, soportando un dolor mucho más grande que el que él sufría.

Al cabo de algun tiempo se presentó un capitán de los que habian llegado con Bobadilla, y le dijo:

—Mi señor no puede recibiros; pero en vista de los cargos que resultan contra vos en las investigaciones que ha hecho, me manda que os arreste y que os conduzca á la fortaleza de Santo Domingo.

Nadie esperaba aquel acto.

Un sordo rumor se escapó de la concurrencia, rumor que parecia una protesta.

—Cumplid las órdenes que habeis recibido,—dijo Colon con mansedumbre, entregando su espada al capitán.

El capitán, que habia recibido las instrucciones necesarias para llevar á cabo aquel infame atentado, dió una orden, y no tardó en presentarse con grilletos uno de los soldados de Bobadilla.

Los grilletos horrorizaron á todos los circunstantes.

Ninguno de los soldados se atrevió á ponérselos.

—Acercaros á mí, no temais,—decia tranquilamente Colon; —cumplid las órdenes que os han dado; la obediencia es lo primero.

Pero movidos unos por compasion, y acosados otros por los remordimientos, se negaron abiertamente á cumplir aquella orden.

En esto estaban cuando, presentándose á la puerta de la casa Roldan, que acababa de conferenciar con Bobadilla, y que se habia entregado á él por completo:

—Por inmenso que sea nuestro pesar,—dijo,—no tenemos más remedio que acatar las órdenes de los reyes. Don Francisco de Bobadilla es su representante; él nos ha mandado aprisionar y encadenar al almirante. ¿No os atreveis á obedecerle? Yo le obedeceré.

Aquel infame hombre, que tantos beneficios habia recibido de Colon, que últimamente habia obtenido su perdon y parecia ser uno de sus más leales servidores, sin atreverse á alzar los ojos, porque el almirante le miraba con una serenidad que helaba la sangre en sus venas, le remachó los hierros en medio de la consternacion general.

—Decid á Bobadilla,—dijo Colon al capitan,— que proponga á los reyes para un gran premio á Rodan por el servicio que acaba de prestarles.

Con los grillos puestos, sin desmayar un solo instante, sin que una lágrima nublase sus ojos, sin que una sombra apareciese en su frente, avanzó en medio de la muchedumbre, que bajaba los ojos aterrizada, hasta la fortaleza de Santo Domingo, con la cabeza descubierta y ostentando las plateadas canas que en el servicio de los que le trataban de aquel modo habia adquirido prematuramente.

Ya tenia en su poder Bobadilla al almirante y á su hermano Diego.

Pero Bartolomé era temible, y contaba con tropas que se hallaban á su servicio en el departamento de Xaragua.

Una sola indicacion bastó para que el almirante escribiese á su hermano, mandándole someterse á Bobadilla.

Bartolomé obedeció.

Abandonando su ejército se presentó en Santo Domingo, y tambien fué cargado de cadenas y conducido á bordo de otra carabela.

Los tres hermanos estaban separados, y no les permitian comunicarse unos con otros.

En vano quisieron ver á Bobadilla.

Aquel hombre infame no se atrevió á comparecer en su preseñcia, ni permitió que nadie les visitase.

A las preguntas que hacia Colon acerca de las cau-

sas que habian motivado su prision, respondian siempre con el silencio.

—No hay duda,—pensó el ilustre marino, héroe de esta historia,—este hombre infame vá á acabar con mi vida. ¡Tal vez levantan en este instante el cadalso en donde vá á sacrificarme! Cúmplase la voluntad de Dios, si ha resuelto que concluya mis dias de este modo.

Las armas de la envidia no habian podido herirle con más ensañamiento.

Al cabo de algun tiempo, oyó ruido en la puerta de su prision.

Uno de los misioneros entró en su calabozo.

—Se acerca mi última hora,—pensó.

Y con angelical resignacion, llena el alma de fé:

—¡No, no,—dijo;—La Providencia vela por la virtud!

¿Se habia levantado, en efecto, el patíbulo para él en aquellas tierras que habia descubierto y que tanta gloria habian dado á su nombre?

¿Era posible que la Providencia permitiese semejante horror?

Era imposible.